

# G. K. Chesterton

## La soledad del queso

Edgar Esquivel

Uno de los 38 breves ensayos del escritor inglés G. K. Chesterton (1874-1936) reunidos en *Alarmas y digresiones* (la mayoría publicados en el *Daily News* entre 1908 y 1910) refiere una ausencia de llamar la atención: los poetas no hablan del queso. Para Chesterton son Virgilio y algún anónimo los únicos que concedieron hacia un término más propio, aparentemente, de avatares culinarios que literarios una mínima atención. La omisión parece inexplicable, a la luz de argumentos que no son veleidosos —es una “sustancia en sí misma imaginativa”, antigua y sencilla—; sin embargo, más allá de la suspicacia que despierta en el creador del padre Brown —por probable desdén u olvido sumario—, yace una preocupación adicional: es notorio que “los poetas han guardado un misterioso silencio sobre la cuestión del queso”, pese a “que reúne todas las cualidades que requiere la poesía más exaltada”. Chesterton no recuerda ningún otro autor o verso que se inspire a partir de ese alimento que permanece cada época, pues justo esta cualidad —la trascendencia— es “la esencia misma de cualquier poema” porque conforma una “verdadera civilización poética”, es decir, “universal y variada”. Ello es señal de autenticidad, identidad, e incluso de que “el realismo no es más que la fábula que ha perdido la razón”.

Las conjeturas de Chesterton —“periodismo fútil, fugaz imprecisión”— son algo más que suposiciones jocosas: si bien se asoma un posible reproche —ante un abandono o tal vez un destierro de la expresión “queso”—, de igual modo una prédica por lo que “debería” ser. Y ante ello no faltarían posiciones encontradas: ¿por qué el queso —“palabra breve y sonora”— debería tener o no tener un lugar especial?

Es posible que algunas rimas no cumplan con un determinado rigor —*cheese, kiss*; “queso”, “beso”— y no sean del gusto de los poetas; en todo caso, no parece deseable ponderar cuotas irrestrictas para las palabras, ya que inclusive habría quien vería en tal sesgo una imposición o exclusión, tómese en cuenta que toda “etiqueta” señala y descarta. Al invocar rarezas hay dos fillos: el primero es un legítimo intento de conformar una categoría especial, el segundo una manera de apartar. Los placeres de la literatura tienen cortapisas que inhiben un alcance único y absoluto —sabia diversidad—, sobre todo si se considera que las oportunidades o el entusiasmo de querer aprehenderlos, por simple disfrute o ánimo de descubrir o apreciar un determinado canon, no siempre están donde se supondría, para bien o para mal.

El hecho de referirse a lo “raro” —el queso, por ejemplo— hoy en día parecería un despropósito, una reivindicación a destiempo. Ahora nos ufamamos de que hay de todo, para todos, aunque siempre haya sido así, pero bajo distintas circunstancias. ¿La literatura lo ampara sin consecuencias? Se valen apuestas. Después de todo, en los días que corren, y pese a enormes adversidades, lo diverso, alternativo o subterráneo han conquistado terrenos insospechados y dan cuenta de la vitalidad del lenguaje ante los derrotados más lastimeros. Viene a cuento entonces la mordacidad e ironía de Chesterton respecto a que el queso no tiene un sitio en la poesía, ya que infiere el sinsentido de la reiteración, lo previsible, de la carencia de sorpresas.

No hay más alternativa que sacudir los grandes temas (el amor, la muerte, el héroe, los elementos, el olvido, el yo, los otros) y ensanchar el margen para dar lugar a la

reinención, a lo inédito, a la exploración. Volver a contar lo que ha sucedido, una y otra vez. La literatura lo necesita. De ese ejercicio surgirán otros creadores cuya originalidad inaugurará eras distintas y a quienes apreciaremos con parámetros renovados a partir de palabras asombrosas e inesperadas. Si Chesterton apela a los elementos civilizatorios que redundan en un alimento tradicional que en cada región del orbe ostenta nobleza y poderosa singularidad, puede hacerse igualmente con la poesía, con el resto de la literatura —desentrañar lo otro particular y universal—, aunque detrás de ello hay algo ingenuo: el mundo lo queremos, o ansiamos verlo, según nuestras visiones personales, pese a las enormes limitaciones (o atrocidades) que ello conlleva, esto es, un ideal no es una aspiración exclusiva de una colectividad, sino que nace de un capricho personal, de una egolatría que busca ser materializada. Cada escritor actúa con algo más que un compromiso ideológico por delante, situación contradictoria con la voluntad creadora; lo mueve una actitud genuinamente contestataria y el deseo de gritar que el mundo es imperfecto, que necesita ser ajeno a sí mismo. ¿Sería terrible considerar la posibilidad de crear y poseer planetas personales? El resultado no sería muy distinto de lo que ocurre aquí y ahora: la soledad no es destino ni condena, es una forma de vida, un *leitmotiv* —es la enunciación del queso no nombrado—. Más allá de un conservadurismo o acto de rebeldía, G. K. Chesterton pone de manifiesto que no todo progreso es bienvenido si atenta contra maridajes probados y perfectos (pan y queso). No hay duda: “La fábula es un asno santo que va a la iglesia. El realismo es un asno perdido que no sabe adónde va”. **U**